

sus pasos hacia los cazadores, el ojeador agita violentamente su albornoz, gritando con todas sus fuerzas: «¡*Aou tikoum!*!» «¡tened cuidado!»

Al oír esta señal, los cazadores se colocan cada uno en su sitio, pues va á comenzar la lucha. Los árabes procuran tener á su espalda un gran peñasco para no ser fácilmente sorprendidos y arrollados.

El cazador árabe, que no ha oído el grito de alerta y se halla separado de sus compañeros, tiene la muerte segura; pues el león, así que le divisa, salta rápido como una saeta, y sólo un milagro puede salvarle, ó sea que un balazo deje instantáneamente cadáver á la fiera.

La táctica que siguen los cazadores árabes en su lucha con el león, es reunirse en apretado haz, armados hasta los dientes. El felino, al ver aquel ejército, protegido por las rocas, se para, mira majestuosamente, y pasa murmurando sordas amenazas. Aquel es el instante decisivo; el jefe de los cazadores da la orden de hacer fuego.

Parece extraño que el león no sucumba ante aquel fuego granado; pero la fiera tiene la piel dura, y para que muera es necesario que la bala haya tocado el corazón ó el cerebro.

Los últimos instantes del león son muy peligrosos, y desgarran y mata cuanto halla á su alcance. Gravemente herida la fiera, si puede apoderarse de su enemigo, le estrecha entre sus garras, y acerca sus fauces sanguinolentas, y parece un gato gozando de la agonía de un misero ratón. Mientras la fiera con las uñas desgarran pausadamente las carnes de la víctima, sus ojos echan chispas, fija su mirada fascinadora en la del desgraciado cazador.

Los compañeros acuden en su auxilio, apuntando con el fusil; pero como la bala dirigida contra el león podría tocar al hombre, es forzoso acercarse y disparar á boca de jarro.

En tan apurado trance, un pariente próximo de la víctima se brinda á desafiar el peligro; y, separándose de sus compañeros, se acerca á la fiera.

Si el león hallase exánime, destroza la cabeza del árabe al sentir el cañón del fusil apuntando al oído de la fiera. Pero si ésta tiene aún fuerzas y aliento, mata al cazador, y se dispone á hacer frente á su nuevo enemigo.

La situación del que avanza no puede ser más crítica y peligrosa; pues, inmóvil el león sobre el cuerpo de su víctima, es imposible juzgar de las intenciones de la fiera; y, así como puede salir incólume, también puede ser en breves momentos arrollado y muerto.

Los árabes suelen destacar en semejantes casos un solo tirador, porque de otra suerte entraría la confusión y el desorden, y sería casi seguro que el cazador que se halla bajo las garras del león sería acribillado á balazos. Aunque la víctima sea ya cadáver, siempre es penoso fusilar á un compañero, y soñar, siquiera un instante, que podía quizás haber sido salvado sin la traidora bala que atravesó su cuerpo.

Otras veces los ojeadores no han visto á la fiera, y para hallarla es forzoso escudriñar todos los rincones de la selva, hasta dar con el antro del león.

Gran bravura se necesita para ir á lo más espeso de los bosques á turbar el reposo del felino.

Los cazadores mueven singular algazara y estrépito para que la alimaña dé señales de vida, y suelen disparar hacia la dirección donde suponen se halla escondida.

Semejantes maniobras duran muchas veces horas enteras; y los cazadores árabes saben que los leones viejos que han sido ojeados más de una vez permanecen quedos y silenciosos. Quietud peligrosa y de mal agüero, pues la fiera se prepara para lanzarse sobre de sus enemigos.

Gerard describe con pinceladas llenas de color y vida el antro del león, escondido bajo una bóveda de espeso follaje de olivos seculares y lentiscos salvajes entrelazados. En aquella guarida, el león dormita y descansa á su sabor, digiriendo los espléndidos banquetes que le proporciona la fauna africana.

Cuando los cazadores van por el flanco de la montaña al encuentro del *Señor de las selvas*, éste duerme profundamente y sosegadamente. Los primeros rumores despiertan al león, que abre los ojos y levanta la cabeza; á medida que los rumores crecen, se incorpora y escucha atentamente. Al oír los hurras lanzados por los imprudentes cazadores, se levanta como movido de un resorte, y responde con un espantoso rugido á los gritos de los árabes que osan turbar el sueño del *Rey del desierto*.

Al sonar el primer disparo, que ha tronchado, silbando, la rama de algún árbol ó arbusto, el león sale furioso de su guarida, y explora los alrededores.

Un movimiento nervioso, inquieto, denota la impaciencia del león antes de la batalla.

Lleno de agitación, va de uno á otro lado, parándose á escuchar y aguardando el instante propicio para lanzarse sobre sus enemigos.

El felino sale, al fin, al campo; y, forzado al combate, embiste á los cazadores; desgraciado del que se pone al alcance de sus garras: su prodigiosa fuerza muscular es acerado ariete que tritura á la víctima.

III

Bechade, el cazador de leones, desvanece varios juicios erróneos propalados acerca del valor de los árabes.⁽¹⁾

«El árabe,—dice,—al oír los rugidos del león, teme por su hacienda, que es el ganado, más que por su vida; y si ha de emprender un viaje por la noche no le detienen las tinieblas y los rugidos de la fiera.

Habrán en las provincias argelinas, como en todas partes, caracteres pusilánimes, pero abundan los valientes que saben afrontar el peligro y luchar denodadamente con el león.

Un *spahi* árabe de un puesto militar de la provincia de Constantina, apellidado Ramdam, era portador de cartas y órdenes, y viajaba de día y de noche, á despecho del mal tiempo y de los peligros de los caminos.

Forzoso es advertir que el servicio postal militar es muy honroso entre los *spahis*, pues los árabes profesan singular respeto hacia todo papel escrito.

Ramdam, como de costumbre, había partido, á caballo, del *bureau* árabe, llevando el fusil á la bandolera, y el sable rozando con sus espuelas de acero.

La noche se acercaba. De pronto, y en mitad del bosque, oyó el rugido del león. El *spahi* llevaba el caballo al trote, y se paró; un león de luengas melenas salió de entre un grupo de arbustos, y se puso frente á frente al jinete.

Ramdam no era mozo que se amilanase fácilmente. Dió un fuerte espolazo á su caballo, que se negó á avanzar; hundió de nuevo el acero en el vientre del noble bruto, que se encabritó, pero sin obedecer á su amo.

—*Me andek chi brahía*;—lo que traducido al castellano quiere decir:—No te apoderarás de las cartas.

Es probable que el león sólo se preocupaba del caballo y de su jinete, pero éste sólo soñaba en aquel instante en las cartas de que era portador.

La fiera seguía inmóvil, lo mismo que el caballo.

Ramdam, después de haber acariciado á su cabalgadura, sólo pudo lograr que continuase el camino dando un largo rodeo.

El león seguía todos estos movimientos. Cuando el

caballo notó que la feroz alimaña seguía sus trazas, loco de terror, partió rápido como una flecha. Los tres llegaron casi juntos á orillas del Méjerdah.

Era en invierno; las aguas se habían desbordado, los vados habían desaparecido, y era forzoso atravesar el río á nado.

El león seguía siempre al *spahi* como la sombra al cuerpo.

Ramdam, haciendo un movimiento instintivo, llevó la mano al fusil, pero la reflexión detuvo aquel primer intento. Dió tregua á la mano y dejó en paz el arma; y, dirigiendo una mirada de desdén á su incómodo compañero de viaje, se desnudó, colocó sus vestidos detrás de la silla, ató cuidadosamente alrededor de su cuello el precioso saco que encerraba la correspondencia, y lanzó su caballo al agua. Jinete y cabalgadura llegaron felizmente á la orilla.

El león se quedó atónito á la otra parte del río, sin atreverse á seguir el mismo camino.

Cuando Ramdam me narró este suceso, sin darle la menor importancia, le pregunté si había atravesado el río para huir del león.

—¡En nombre de Allah!—dijo,—os suplico que no creáis tal cosa; durante el invierno, todos los días atravesamos ríos desbordados, en que no hay puentes, ni rastro de vados.

Y después añadió sencillamente:

—Si no me detuve un instante con el *said*, era porque me lo vedaba el ser portador de despachos.»

Los árabes,—dicen muchos,—temen al león como al mayor de los azotes; tiemblan al oír sus rugidos, y su aspecto les anonada.

«¿De qué árabes habláis?—añade Bechade.—¿De los árabes de las ciudades, que sólo tienen de africanos la lengua y el traje?

Sí; entonces tenéis razón; aquel indígena teme al león y es un cobarde. Al aspecto del sable desnudo, su sangre se hiela; es un hombre nacido para traficar con viles mercancías; no es un *árabe*; es un *moro*.

¿Aludís, acaso, al árabe que mora en las tribus de los alrededores de las ciudades?

También estáis en lo cierto al tildarle de débil. Es un árabe, pero un árabe envilecido y en decadencia. Los turcos, al señorearle y oprimirle, le han arrebatado el valor. Calmoso y pacífico, sólo el fanatismo religioso puede hacer circular más aprisa la sangre en sus venas.

Pero si habéis querido hablar del árabe alejado de los grandes centros de población, del árabe de las montañas, entonces estáis en un error.

(1) *La chasse en Algérie*, por Henri Bechade.



FANTASÍA ÁRABE EN LA CAZA DEL LEÓN, POR GÓMEZ SOLER